

Aportación a la historia de los vascos en la Argentina

San Martín, Juan
Euskaltzaina

Hitzaldi hau Justo Garate zenaren omenez agertzen dut, bere gogoa bete nahirik egin bai nuen Buenos Aires-ko Laurak Bat elkartearen irakurtzeko. Elkarrekingo harremanetan aipatzen nizkion zenbait berri, bere ustez, ez ezagunak ziren eta Argentinan Euskal Herriko semeen ekintzaz arduratzen den Instituto Americano de Estudios Vascos erakundeburuari aditzera eman zion berriok han hitzaldi bidez azaltzea eta Diego J. Ibarbia erakunde buruaren gutun bat jaso nuen 1992. urtean hortarako gonbidapenez. Baina urte haretan ezinezko nuen Arartekotzak ez zidalako hortarako betarik ematen. Bi urte geroago etorri zitzaidan aukera egokia eta 1994ko urriaren 19an eman nuen. Zoritxarrez ordurako Justo adiskide mina hila zen, baina bere oroitzapen uka ezinezkoa hitzaldiaren sarreran agertu nuen. Orain legezko iruditzen zait bere omenez argitaratzea. Bergarar jatorra zen Justorentzat eskerrik bihotzekoena agertuz.

J.S.M.

Cualquier vasco se pregunta con cierto orgullo, ¿quién no tiene parientes en la Argentina? Para mí quedó grabada en mi mente, siendo aún niño, en 1936, la visita de unos tíos, justo para saludarnos y despedirnos para no volver a vernos. Había comenzado en España una terrible y cruel guerra civil, con todo lo que llevan consigo las guerras fratricidas, y pronto debían ponerse a salvo en tierra francesa. Eran la eibarresa María San Martín, prima carnal de mi padre, y el irunés León Querejeta. Este trajo el mensaje de los iruneses residentes en Buenos Aires para dedicar una placa en homenaje a la memoria del cronista de *El Bidasoa*, Alfonso Morales. Dicha placa se colocó en la calle del ensanche Elizatxo de Irun el 5 de julio de aquel año 1936. Asistieron al acto el Ayuntamiento en pleno y una nutrida representación del pueblo irunés e hicieron uso de la palabra el director de *El Bidasoa*, don Antonio de la Serna, el Dr. don Victoriano Juaristi y el alcalde accidental don Jorge Segura, quienes en emotivas palabras redordaron y ensalzaron la personalidad y la obra periodística del inolvidable Morales, cuyas crónicas llevaban tantos recuerdos a sus paisanos residentes en Buenos Aires¹. La imagen de aquella visita fugaz he recordado toda mi vida como el mejor testimonio de parientes en la República Argentina.

1. Dicha efemérides se recoge en las páginas de otro cronista irunés, don Emilio Navas, en el primer volumen de *Irun en el siglo XX*, 1977, p. 27, e ilustración XLVIII.

Con el tiempo, interesándome por la cultura del país, procuré adquirir obras de aquella profusa colección que fueron formando los hombres del exilio vasco con la creación de la Editorial Vasca "Ekin", como consecuencia de aquella guerra civil y gracias a la férrea voluntad de don Isaac López Mendizabal y Andrés María Irujo, con la ayuda del impresor Amorrortu.

No fueron los únicos con quienes mantuve estrecha relación epistolar, pues gracias a la gentileza del exiliado eibarrés Luis Ormaechea se me hacía llegar puntualmente la revista del Instituto Americano de Estudios Vascos. Y, sobre todo, mantuve profundo intercambio cultural con el recién fallecido Dr. Justo Garate desde aquel primer estudio que realice sobre la vida y obra de nuestro ilustrado Juan Antonio Moguel, para cuyo trabajo resultó ser para mí uno de los mejores informadores tanto de Moguel como del prusiano Guillermo von Humboldt. Nunca podré agradecer suficiente al erudito bergarés las atenciones y consejos recibidos. Justamente, a la labor humanista del Dr. Garate dediqué un artículo en el *Boletín Americano de Estudios Vascos* en 1992².

Tiempos difíciles aquellos para adquirir información sobre historia y cultura tradicional del pueblo vasco. Sin posibilidad de acceder en los centros de enseñanza a la original lengua preindoeuropea que heredamos de nuestros padres, y siendo su uso perseguido. Razón suficiente para que todos ellos merezcan mi reconocimiento por haberme ayudado en mi empeño de formación cultural para el conocimiento del país que me vio nacer y, al propio tiempo, vincularme especialmente a la Argentina, a donde habían emigrado algunos de mis antepasados.

En realidad, soy nativo de aquella población de Eibar que, como dice Michel Iriart en su obra *Corsarios y colonizadores vascos*³, página 20, "la población de Eibar, que vio, durante un siglo (se refiere al s. XVI), a 147 soldados y marinos ilustrarse con cargos importantes en México, Perú y Cuba". Pero, precisamente eran de aquellos que sirvieron al Emperador Carlos V, cuyas relaciones con los navarros y los vascos de ultrapuertos no fueron muy cordiales y, el mismo Iriart, recuerda los versos que aplicaron a los vascos aliados o serviles al Emperador:

Karlos Kintoren baratzan
Akerrak ezpata-dantzan
(En el huerto de Carlos V
los machos cabríos en danza de espadas)

Estos versos parecen ser una sátira de aquel gran número de vascos que rodeaban al Emperador⁴.

Tomaré la citada obra de Michel Iriart como referencia o punto de partida para la presente exposición, bien ampliando datos más precisos o aportando nuevas fuentes y perso-

2. Véase "Un humanista vasco: Justo Garate", *Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos*, año XLIII, vol. 1^o, nº 168, pp. 31-32. Buenos Aires, enero-marzo de 1992. Anteriormente le dediqué otro artículo en la *Hoja del Lunes* de San Sebastián, el 8 de diciembre de 1982. Y, naturalmente, con mayor extensión dediqué a su fallecimiento el In memoriam por su condición de miembro de honor de Euskaltzaindia - Real Academia de la Lengua Vasca, en el órgano de esta institución, *Eusker*a, XL, 1995, pp. 593-597.

3. Michel Iriart, *Corsarios y colonizadores vascos*, cuya obra viene a ser el número 19 de la colección Editorial Vasca "Ekin", Buenos Aires, 1945, p. 20. Ha tenido una segunda edición dedicada al Centro Vasco Francés de Buenos Aires, con motivo de su cincuentenario, Tolosa, 1993.

4. M. Iriart, ob. cit., p. 43.

nalidades que en el transcurso de la historia han pasado desapercibidos o han sido olvidados. Pero antes he de poner de manifiesto que Iriart se basó principalmente en la obra *L'émigration basque* (1910) de Pierre Lhande (más tarde publicada en lengua castellana por la Editorial Auñamendi en 1971).

Empezaré por aclarar que el mismo autor Iriart cita a Francisco de Ibarra como descubridor y explotador de las minas de Zacatecas (México). En realidad, Francisco fue el conquistador de Nueva Vizcaya y fundador de Durango (1563), donde descubrió las minas metalíferas. Es a su tío-abuelo Miguel Ibarra a quien corresponde el descubrimiento de las minas de plata de Zacatecas, en 1547, tal como pude aclarar en aquella disertación sobre los Ibarra de Eibar⁵. Sin embargo, a Diego de Ibarra, tío de Francisco, debemos el descubrimiento de la más importante veta argentífera de San Bartolomé, a 4 kilómetros al Nordeste de Zacatecas, compartiendo su propiedad en las décadas de 1550-1560 y, ya rico, contrajo matrimonio en 1556 con doña Ana de Velasco, hija de Luis de Velasco, segundo virrey de la Nueva España (México). De ahí aquella copla zacatecana:

Si la de San Bernabé
No diera tan buena ley,
No casara Diego de Ibarra
Con la hija del virrey.

No obstante, en este momento prefiero limitar mi exposición a la contribución de los vascos en la República Argentina. Siguiendo de manera un tanto informal a Michel Iriart, quien ensalza en su obra a los hermanos d'Abbadie, nacidos en Dublín de padres vascos, que tras numerosas empresas llevadas a cabo en África y Asia retornan como afortunados científicos al país de origen. Antoine d'Abbadie se instaló en Hendaya en el castillo que hizo construir al famoso arquitecto Viollet-le-Duc, transformado después de su fallecimiento en observatorio astronómico, del que fue director el sabio obispo argentino Monseñor Fortunato Devoto durante el transcurso de la guerra de 1914-1918⁶.

Antoine d'Abbadie, además de crear las ya renombradas Fiestas Euskaras, fue quien indujo, mediante su amigo Claudio Otaegui, al lingüista Luis Luciano Bonaparte a que realizara el estudio dialectológico del vascuence. Pues C. Otaegui era cuñado del príncipe Luis Luciano por segundas nupcias, y esta circunstancia facilitó los contactos para la empresa lingüística vasca. A su vez, C. Otaegui era maestro de aquel Francisco Grandmontagne, quien, junto con José R. Uriarte, fundó en Buenos Aires *La Vasconia*, revista dedicada a la colonia vascongada de la República Argentina. Publicó varios libros y colaboró en las revistas más prestigiosas de Argentina y España.

Los inmigrantes prósperos es una obra póstuma de recopilación y apenas tiene desperdicio para un estudio de vascos en la Argentina. En ella reconoce elogiosamente a su tío y maestro Claudio Otaegui como escritor éuskar⁷, y aporta información sobre los citados estudios del príncipe L.L. Bonaparte, cuando trata sobre "El vascuence de Buenos Aires", donde vasco-franceses y vasco-españoles en su interrelación confluyen para formar una manera de coiné del euskara unificado. Precisamente lo que muchos años atrás está costando a

5. M. Iriart, ob. cit., p. 83.

Juan San Martín. "Francisco de Ibarra, conquistador de Nueva Vizcaya y fundador de la ciudad de Durango, en México", *Euskera*, XXXIV, 1989, pp. 299-304.

6. M. Iriart, ob. cit., pp. 102-103.

7. F. Grandmontagne. *Los inmigrantes prósperos*, Aguilar-Editor (Colección Crisol, nº 40), Madrid, 1944, pp. 427-428.

Euskaltzaindia (Real Academia de la Lengua Vasca), el adaptar el euskara unificado a los textos de enseñanza y al uso de los escritores.

También aporta su interviú con Angela Querejeta, esposa de Iparraguirre, reflejando vivamente el talante bohemio del bardo y sus innumerables desdichas. Sin embargo no llegó a conocer a Pedro Mari Otaño, también poeta popular, pero de un talante diametralmente opuesto.

Ambos dejaron un recuerdo imperecedero con sus creaciones. La descendencia del primero pasó al anonimato en Uruguay; del segundo tienen ustedes una personalidad científica en su nieta Magdalena Moujan Otaño, quien mantiene por alabanza su estirpe. Magdalena, además de gozar de un gran prestigio como profesora de matemáticas, ha heredado dotes literarias, pues su cuento "Gu ta gutarrak", publicado por Ediciones Dronte, fue premiado en 1968 en la Segunda Convención de Ciencia Ficción celebrada en Mar de Plata. Y el mismo año le fue prohibido publicar en Nueva Dimensión de España por la censura franquista. Tuvo que esperar hasta diez años para que en dicha publicación viera la luz.

Un literato contemporáneo de gran reconocimiento en la Argentina, además del laureado modernista Enrique Rodríguez Larreta (1875-1961), cuyo segundo apellido indica su oriundez vasca, a quien no me refiero en este momento concreto, pero como él, es más, yo diría que hasta en la propia literatura universal, a juzgar por la difusión alcanzada en otros idiomas, ha sido Eduardo Mallea. Esa fama ya le venía refrendada desde aquella carta que le dirigió el escritor austriaco Stefan Zweig, dos años antes de su muerte, al autor de *Todo verdor perecerá*, obra dedicada a su hermano el Dr. Enrique N. Mallea, Juez de la Cámara de Apelaciones Costa Sur.

En mis lecturas preferidas de la década de los cincuenta contaba con las obras de Eduardo Mallea. Autor, movilizador de conciencias, como años más tarde le calificara el crítico José Isaacson, por la insistente exigencia del autor a la reflexión del intelecto de la época, influido sin duda por el pensamiento de Ortega y Gasset, al solicitar firmeza, exclamando: "Asistimos hoy a demasiadas farsas por parte de intelectuales que ceden a la sirena política, La voz "masa" es un concepto omnipresente, no siempre un concepto claro. Ese concepto será claro el día que cada hombre sea claro para sí mismo".

Al mencionar a don José Ortega y Gasset he de hacer un inciso. A don José le gustaba conversar mientras paseaba y, a propósito de Eduardo Mallea, a quien tenía gran afecto, me contaba mi amigo el Dr. Miguel Ortega Spottorno, su hijo primogénito, con quien he compartido el gusto por los paseos conversando por Hondarribia (Fuenterrabía), que su padre, allá por el año de 1941, en compañía de Eduardo Mallea y Máximo Etchecopar, salía casi diariamente a hacer sus recorridos por el parque Lezama, Villa Devoto, avenida de los Incas, La Costanera y otros lugares de Buenos Aires, y como joven acompañante, puede testimoniarnos que su padre les hablaba de su natural preocupación por el porvenir de la Argentina, en razón de los cambios experimentados desde su primer viaje en 1917, el segundo de 1928 y en su tercera permanencia desde 1939 hasta primeros de 1942. Algunos recuerdos de aquella última permanencia los cita Miguel en su biografía dedicada a su padre⁸. Eran observaciones y opiniones del filósofo que Eduardo seguía con atención, y Máximo Etchecopar, quien era consciente de los cambios que venían produciéndose, escribió sobre ellos tal como lo exponía don José. Era la época en la que inició su ciclo de conferencias

8. Miguel Ortega, *Ortega y Gasset, mi padre*, Editorial Planeta. Barcelona, 1983, pp. 157-167.

sobre "El hobre y la gente" y siguió con "La razón histórica" y otras, fundadas en humanismo y ética.

De la ascendencia vasca de Eduardo Mallea alguna referencia tuvo la escritora chilena galardonada con el premio Nobel Gabriela Mistral (quien tampoco debemos olvidar que por su nombre de pila y apellidos era Lucía Gogoy Alcayaga), quien se expresó poéticamente: "La adolescencia de Mallea lleva ya a los veinte años una cargazón de materiales dramáticos que hallarán sus pretextos en las circunstancias, pero que, en verdad, vinieron desde lejos, por el río morado de la sangre, de España abajo hasta topar e hincarse en un niño de Bahía Blanca. Mallea se irrita, pelea y hace de Teseo con los defectos argentinos y se quiebra en las rompientes de la costa americana. ¡Lo mismo habría sido si nace, con una sola sangre, en la Vasconia, o se cría en el regazo indio allá por San Juan! De un lado habría tenido el delirio más áspero; del otro la calentura fría del indio. Mestizo, el conflicto se le ha doblado para mal suyo y bien nuestro: a más anchura del cráter, más hermosura del fuego"⁹.

Aseveraciones hechas sin duda al ensayo *Historia de una pasión argentina*, en cuyo prefacio centra el autor el hecho existencial y afirma: "Y los pueblos, como los hombres - ¡una vez más, Señor, como los hombres! - no son dueños de sus fines, sino de sus caminos". Ese camino de Mallea pretende rememorar desde el capítulo primero, "El Atlántico" de su niñez y juventud en Bahía Blanca, con una mirada al oriente y otra al occidente, porque un renombrado pariente, por línea paterna, le informó sobre la historia familiar en sendas páginas de la obra titulada *Recuerdos de provincia*, su autor, Domingo Faustino Sarmiento, quien fue presidente de la República en el período 1868-1874.

Mallea, en *Historia de una pasión argentina*, justo a comienzos del ya citado capítulo primero, para indagar sobre su ascendencia nos remite a la obra de Sarmiento, publicada en 1850¹⁰, y contiene principalmente las memorias de su ciudad natal, San Juan, donde fue gobernador y tuvo oportunidad privilegiada para investigar en los archivos.

Nos refirió que el hidalgo Juan Eugenio de Mallea, tras militar en las campañas del sur de Chile, según testigos, había venido del Perú con el general don Martín de Avendaño en 1552. Al año siguiente, cuando acaeció la muerte de Pedro Valdivia, Mallea se hallaba en la Imperial, a las órdenes de Francisco de Villagra, que tras la derrota en el cerro de Mariguñú en 1556, se unió a don García Hurtado de Mendoza. Por su condición de hidalgo y alférez real, según fuentes testimoniales, alternaba siempre con los capitanes; había servido durante veinte años a sus propias expensas "con sus armas i caballos, i hecho cuanto en la guerra le había sido mandado que hiciese como bueno i leal vasallo de su Maggestad", hasta que se casó en San Juan con la hija del cacique de Angaco, que se llamó doña Teresa de Ascencio y le trajo en dote muchos pesos de oro y dióle varios hijos. Sin embargo, quedó adeudado, habiendo perdido la hacienda de su mujer en la manutención de su gese y en la conservación de la casa, en servicio del rey, y no pagándole tributo de indios que le habían

9. Gabriela Mistral, "Misticismo eslavo en la obra de Mallea". Publicado en la sección literaria de *La Nación*. He guardado el recorte, pero desafortunadamente, no así su fecha.

J. San Martín, "La actividad literaria de Eduardo Mallea", es un artículo publicado en la revista *Kezka* del C.D. Eibar, en enero de 1964, pp. 14-15, en el que comenté la importancia del conjunto de la obra de E. Mallea.

10. Eduardo Mallea, *Historia de una pasión argentina*. Espasa-Calpe, S.A. (Col. Austral, 2a. ed.), Buenos Aires, 1942, pp. 30-31.

D. F. Sarmiento, Facundo. *Recuerdos de provincia*. Aguilar-Editor (Col. Crisol, nº 301), Madrid, 1950, pp. 482-506.

sido encomendados en Mendoza, que, después de la fundación de San Juan (1561), quedaron intedrados en los términos y jurisdicción de esta última ciudad.

Sarmiento cuenta con ternura y cierta melancolía que "las familias españolas venidas posteriormente a establecerse a San Juan se vengaron del hidalgo Mallea, en sus hijos de la india, reina de Angaco. Decíanles mulatos. Y yo he llegado a verlos luchando todavía contra esta calumnia que se ha transmitido de padres a hijos. Mi padre, que no sabe que don Eugenio de Mallea servía a sus expensas, con sus propias armas y caballos, me cuenta que don Luciano Mallea, a quien decían tío Luciano Mallea, era muy conocedor de las genealogías y sostenía que eran ellos mestizos de pura y noble sangre. Fue aquel viejo el tipo de la colonia española, especie de patriarca pobre y severo, sentencioso en sus palabras, y además poeta, que tenía un adagio o un verso para cada ocurrencia de la vida. Los pueblos que no piensan viven de la tradición moral y el libro de los proverbios anda desparramando entre los ancianos".

Juan Eugenio de Mallea estuvo vinculado a la fundación de San Juan de la Frontera (Argentina) durante los diez primeros años de existencia de la misma. Sus descendientes se dispersaron instalándose en Mendoza, Bahía Blanca y Buenos Aires. Eduardo Mallea nació en Bahía Blanca en 1903, destacó como novelista y ensayista, y sus relatos de análisis psicológicos y reflexiones filosóficas están marcados por la angustia existencial. Falleció en 1982, dejándonos abundante obra.

Aquel que se enfrentó a la literatura universal, declarando: "el mundo a través de mí y de mi pueblo", tal vez sin saberlo, dejó patente el lema que distingue al apellido de los Mallea desde época medieval: "Malleagaz Foruagatik" (Con la malla por el fuero).

Como podrán comprobar, no quiero recurrir a otros vascos que destacaron en la República Argentina, conquistadores y fundadores como Mendoza, Avendaño, Garay, Aguirre, Alberdi, Olavarría, Urquiza, etc.; gobernadores como Lariz, Baygorri, Garro, Zárate, Zabala, Andonaegui, Yrigoyen, Uriburu, Aramburu y otros que dejaron tan honda huella y que resultan más conocidos en la historia.

Eso sí, también influyó en esta historia alguno que jamás pisó tierra americana, como el dominico P. Francisco de Vitoria, quien con su doctrina ético-jurídica hizo su aportación en favor del derecho de los indígenas y, en consecuencia, al derecho moderno sobre las gentes del orbe entero; Enrique de Gandía dedicó a este autor un interesante estudio titulado *Francisco de Vitoria y el Nuevo Mundo*. El problema teológico y jurídico del hombre americano y de la Independencia de América, obra dedicada a Laurak Bat de Buenos Aires en el 75 aniversario de su fundación (1952), y que hace el número 40 de la citada colección de obras en la Editorial Vasca "Ekin" de Buenos Aires. He de señalar también que, antes que él, pero no con la misma profundidad en su contenido, Jesús de Galíndez nos ofreció otra obra que hace en número 5 de la aludida colección editorial.

Pero también quisiera pronunciar unas palabras en honor de otros autores que encontraron su refugio y asilo en esta acogedora tierra, es decir, los citados por mi amigo Gorka Aulestia en su antología del exilio vasco. Me permitirán este inciso. Vaya mi especial mención en honor de Txomin Jakakortajarena, quien tradujo al euskara el *Martín Fierro* de José Hernández (1972), y de Benito Larrakoetxea, quien mitigó su estancia traduciendo, aquí en Argentina, la obra dramática completa de Shakespeare, publicando parte de ella en la revista literario-cultural *Euzko-gogoa*, y más tarde la obra completa, a su vuelta del exilio, entre 1974 y 1976.

Sin embargo, Larrakoetxea no fue el primero que se interesó en traducir las obras de Shakespeare. Acá llegó y vivió cerca de un año el profesor Vicente de Amézaga, quien durante el corto espacio de tiempo de su estancia en la ciudad, en 1942, fue cofundador del Instituto Americano de Estudios Vascos. Después se trasladó a Montevideo y más tarde a Caracas, dedicándose a la docencia en Derecho. Su traducción al vascuence de *Hamlet* de Shakespeare (1952) y *Platero y yo* de Juan Ramón Jiménez (1953) vieron la luz en ediciones especiales dedicadas al euskara por la Editorial Vasca "Ekin" de Buenos Aires y la Editorial Florensa de Montevideo. Para nosotros resultaron ser el maná en aquella época en que apenas se producía obra impresa en vascuence, salvo piezas sueltas en el país vasco-francés o en la diáspora vasca en América, y contadas excepciones en España, comenzando desde 1949.

También he de citar a Iñaki Azpiazu que tanto se ocupó en aliviar a los presidiarios de ambos continentes llevándoles la esperanza cristiana, quien fundó y dirigió en Buenos Aires la revista bilingüe *Euskaldunak* (1954-1955), al que presté alguna colaboración en mi juventud.

Como a ellos, en justicia, podría añadir otros autores y libros en vascuence publicados por la citada editorial, novelas y narraciones igualmente apreciables para nuestra literatura vernácula, producidas por Juan A. Irazusta, José Eizaguirre, el propio Isaac López Mendizabal, etc. Sin olvidar el epistolario en euskara del checo Norbert Tauer, pero sobre todo uno muy singular, *Euskaldunak Argentinan*, de José Ramón Zubillaga, obra modesta pero simpática, que aporta una información general con descripción de oficios y núcleos urbanos que forman las distintas colonias vascas a lo largo de la geografía argentina. Libro al que dediqué una reseña en la revista literaria *Egan*, a raíz del fallecimiento del autor¹¹.

Esta mención particular a quienes en tierras lejanas, desde su condición de euskaldunes bilingües o plurilingües, prestaron especial dedicación a su lengua vernácula, resulta de rigor para un hombre como yo, que ha dedicado gran parte de su vida a la defensa y al fomento de su lengua originaria, sin despreciar en ningún momento las demás.

Pero los vascos en América no sólo mostraron actitudes literarias, también contribuyeron a las artes plásticas. Recuérdese que las primeras manifestaciones pictóricas en el estilo europeo las debemos al zumayano Baltasar de Echave, creando escuela desde finales del siglo XVI en México. Por otra parte, los maestros canteros vascos dejaron su impronta, mucho antes, desde la catedral de Santo Domingo. No me extenderé en este tema, pues sobre ellos se encontrará amplia información en el trabajo *Artífices vascos en América* del Marqués de Lozoya¹².

La relevancia de las artes es más tardía en la Argentina, sin embargo, recobró notoriedad la arquitectura barroca por influencia de los maestros alemanes y austriacos, y la pintura se pronuncia con autenticidad propia durante el siglo XIX, causando verdadera admiración con un movimiento en el que no estuvieron ausentes los vascos. En sus comienzos intervino Gregorio de Ibarra (1814-1883) y destacó Graciano Mendilaharzu (1856-1894), introduciendo el estilo realista en la Argentina. Sobre él ha llegado a decir el conocido crítico de arte Payró: "Mendilaharzu, tempranamente desaparecido, realizó en pocos años una obra abundante, de acentos sombríos y dramáticos, en la cual se destaca por su plasticidad y su fino colorido La

11. J. San Martín, "Euskaldunak Argentinan. J. R. Zubillaga", revista literaria *Egan*, 1976, pp. 115-117.

12. Marqués de Lozoya, *Artífices vascos en América*. Publicaciones de la Junta de Cultura de Vizcaya, Bilbao, 1952.

vuelta al hogar"¹³. Entre sus obras mayores cuenta la decoración del Salón de Sesiones de la Legislatura de la ciudad de Plata.

Graciano Mendilharzu, nacido en Barracas del Sur (hoy Avellaneda), era hijo de un laborante. Su propio padre orientó su carrera artística, enviándole a la Escuela de Bellas Artes de Bayona para recibir formación bajo la dirección del bayonés León Bonnat (1833-1922), renombrado pintor y fundador del Museo de Bellas Artes de su ciudad natal que hoy lleva su propio nombre, en agradecimiento tanto a su creación como a la importante donación de obras de los principales clásicos de Europa, coleccionados por él mismo, que hoy lo convierten en el museo más importante del País Vasco.

Antes de finalizar, sin embargo, he de hacer constar que la aventura de los Mallea durante cuatrocientos años tuvo como protagonistas a otros personajes. Con solar original en la anteiglesia de Mallabia (Vizcaya), cuyas aguas se vierten al río Ego, afluente del Deva. En esta anteiglesia aún se conservan en la ladera de una colina las casas Mallabia, Malla y Mallagaray, cuyo significado viene a ser: Malla de abajo (donde se sitúa la iglesia parroquial), Malla (casa en la parte central) y Malla de arriba (en lo alto de una loma con el escudo heráldico que aún conserva). Pero la familia troncal se estableció para finales del siglo XV, río abajo, en la villa de Eibar (Guipúzcoa) a tan sólo ocho kilómetros de distancia para dedicarse a la armería, erigiendo una casa palaciega, que desde el s. XVI se convirtió en dos al entroncar con los Godoy. Gregorio de Mújica dio amplia cuenta de este linaje en su conocida Monografía¹⁴. La segunda casa palaciega fue pasto de las llamas durante la última guerra civil y su hermoso escudo de armas, del s. XVI, se conserva en el Museo San Telmo de San Sebastián.

María de Loyola, de la familia de San Ignacio, se casó con Andrés Martínez de Mallea de Eibar, y de este enlace matrimonial nació el franciscano Fray Martín Ignacio de Mallea y Loyola, quien en vida a veces figuró únicamente como Martín Ignacio de Loyola, citado por Michel Iriart en la mencionada obra¹⁵. Fue obispo de Asunción (Paraguay) y de Río del Plata. Un personaje verdaderamente asombroso, que en la segunda mitad del siglo XVI viajó dos veces alrededor del mundo y en tres ocasiones cruzó por tierra entre Santiago de Chile y Buenos Aires para trasladarse desde acá a Asunción. De Benefactor insigne de Buenos Aires le califica nuestro historiador y amigo J. Ignacio Tellechea Idígoras, quien recientemente ha dado a conocer la epopeya de su gesta, cuando del franciscano viajero apenas se conocían más que noticias sueltas acá y allá hasta la publicación de la biografía compuesta por J.I. Tellechea Idígoras, *Martín Ignacio de Loyola. Viaje alrededor del mundo*¹⁶.

El Cabildo de Buenos Aires dio poder a Fray Martín Ignacio en calidad de procurador ante la Corte el 28 de julio de 1600. En él se pedía la apertura del puerto de Buenos Aires y se señalaban los inconvenientes de la prohibición decretada en 1594; entre otros, la despoblación total de la ciudad: "...y de ello el portador de ésta, que es el Padre Fray Martín Ignacio de Loyola, Comisario del Santo Oficio y Custodio de estas Provincias, religioso cristianísimo y celoso del servicio de Vuestra Majestad, a quien hemos rogado la dé Vuestra Majestad

13. Julio E. Payró, *23 pintores de la Argentina. 1810-1900*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, en la Serie de siglo y medio. 1962, p. 12.

14. Gregorio de Mújica, *Monografía histórica de la Villa de Eibar*, Irun, 1910, pp. 276-278.

15. M. Iriart, ob. cit., pp. 85-86.

16. J. Ignacio Tellechea Idígoras, *Martín Ignacio de Loyola. Viaje alrededor del mundo*. Ed. Historia 16. Madrid, 1989, pp. 62-64.

como testigo de vista y como se condeule de nuestros trabajos y desea nuestro remedio espiritual y temporal. Y aunque nos causa mucho sentimiento su ida, por el provecho y consuelo que con sus sermones y doctrina y ejemplo deba a todas estas provincias, y como de persona tan importante podrá Vuestra Majestad ser informado de todo, confiando en que Vuestra Majestad le mandará vuelva a ellas, en lo cual recibiremos mucha merced, y como de tal hombre tan experimentado podrá Vuestra Majestad ser informado". Elogiosa misiva la del Cabildo de Buenos Aires, firmada por Francisco Salas, Bartolomé López, Antonio Bermúdez, Pedro Bernal, Juan Ramírez Abreu y Mateo Sanchez Escribano.

Y nuestro historiador seguirá: "Fray Martín Ignacio volvió a América y volvió de Obispo".

Era el período de confrontación de Felipe II con Portugal, que trajo la prohibición del comercio con Brasil, decretada en 1594 y ratificada en 1595 y 1600. El entonces Gobernador Fernando de Zárate trajo fuerzas de Perú y Tucumán y empezó la construcción de un fuerte; Felipe II había decidido transformarlo en una gran fortaleza, asignándole una guarnición de 200 hombres, además de su primer hombre castellano, Juan de Villaverde.

Fray Martín Ignacio de Mallea y Loyola sería el portavoz de estos afanes, más aún, - nos afirmará Tellechea Idígoras - el procurador del Cabildo de Buenos Aires ante el Consejo de Indias. Buenos Aires era la ciudad abandonada a su suerte, con setecientos habitantes. La historia ha cambiado mucho las cosas. Portobelo en el Darien (Panamá) era el puerto mima-do para el tráfico de metales. Su protección anulaba los demás puertos, incluido el modestí-simo de Buenos Aires. Fray Martín, con su gestión, evitó el peligro de despoblación de la ribe-ra del Río del Plata y la ocupación de la misma por fuerzas extranjeras, que desde allí podí-an haber amenazado el comercio de Potosí.

He mencionado someramente el perfil de una serie de personas, desde la época de la colonización hasta los exiliados contemporáneos. Soy consciente, sin embargo, de que algu-nos de ellos no son relevantes en la historia de Argentina, pero, sin duda, todos contribuye-ron con su esfuerzo al desarrollo social de este país, desde su condición de vascos, y al man-tenimiento en la memoria permanente de hermandad entre los pueblos.

De las notas bibliográficas y fragmentos de personas y gestas que apor- to se puede ampliar el estudio sobre la valía de cada persona citada, así como recoger algunos aspec- tos, por modestos que sean, que interesan a la historia argentina.

Por todo ello, no les debe extrañar que estemos orgullosos de tener parientes en la Argentina.

Para finalizar quiero expresar mi agradecimiento a los oyentes y muy especialmente al presidente del Instituto Americano de Estudios Vascos, señor don Diego Joaquín Ibarbia por la oportunidad que me ha brindado para ocupar esta tribuna, de igual modo hago extensivo al vicepresidente don Juan José Guaresti por su gentileza al presentarme en este foro.